

de La Violencia, equiparable ésta a grandes producciones discursivas y literarias nacionales como la Literatura de la Revolución Mexicana, o de la Guerra Civil Española. No han sido pocos los intentos por parte de los críticos sobre literatura colombiana de clasificar y sistematizar obras y escritores que han basado sus trabajos de ficción en eventos históricos que marcaron las etapas de la violencia. Autores y novelas sobre la Guerra de los Mil Días, la Masacre de las Bananeras, el Bogotazo; obras que versan sobre el Frente Nacional, la aparición de las Guerrillas, el Narcotráfico y los problemas derivados de éstos, han sido meticulosamente analizados, sistematizados y puestos al servicio de un canon que ha sido proyectado, de manera más o menos consciente, por estudiosos como Augusto Escobar-Mesa (1997), Manuel Antonio Arango (1985), Pablo González Rodas (2003), Óscar Osorio (2005), Bogdan Piotrowski (1988), Laura Restrepo (1976) o Lucila Inés Mena (1978), entre otros. El ciclo de la literatura de La Violencia se considera, en este sentido, como el conjunto de obras que en mayor medida ha otorgado al país de una identidad literaria hasta el momento débil o insuficiente, en comparación con las literaturas de otras naciones vecinas. Colombia, anteriormente a la explosión de la violencia y, por consiguiente, hasta la constitución del canon de novelas al que nos referimos, había destacado por irrupciones fortuitas de obras concretas. En este sentido, Gabriel García Márquez, en su ensayo «La literatura colombiana: un fraude a la nación. Una literatura de hombres cansados», expresaba esta ausencia de un centro neurálgico de la tradición literaria del país, tanto en el terreno de la lírica como de la narrativa de ficción, de la siguiente manera:

Ningún autor colombiano, hasta hoy [1967], tiene una obra robusta, que pueda compararse, apenas, por ejemplo, a la del venezolano Rómulo Gallegos, o a la del chileno Pablo Neruda, o a la del argentino Eduardo Mallea [...] Seis grandes puntos de referencia podrían servir de apoyo para establecer los colosales vacíos de la literatura colombiana. Desde *El carnero*, de Rodríguez Freyle, hasta *María* de Jorge Isaacs, transcurrieron 200 años, y 60 más hasta la aparición de Rafael Pombo y José Asunción Silva, y otros 60 años la de Porfirio Barba Jacob. Una crítica seria, en un país en el cual sólo puede hablarse con justicia de libros sueltos, se habría detenido a esperar a Tomás Carrasquilla, hace 20 años, y aún seguiría esperando [...] La conclusión podría parecer superficial, pero es perfectamente demostrable: sólo los malos novelistas colombianos han escrito más de una novela [...]. Es explicable, por tanto, que la única explosión literaria del legítimo carácter nacional que hemos tenido en nuestra historia –la llamada «Novela de La Violencia»– haya sido un despertar a la realidad del país literariamente frustrado (García Márquez, 1960).

Como podemos ver, no es hasta el asesinato de Gaitán, la aparición de la literatura de La Violencia y la irrupción en el panorama literario